

Cristo: el Redentor del hombre.

El gran acontecimiento.



Módulo 5

Profesor Ricardo
Coscio

Siempre que hablamos de un misterio lo hacemos en relación a aquello que no se puede conocer con la sola fuerza natural de la razón, sino que se necesita la luz de la Fe aceptarlo, afirmando que es supra-racional (supera la razón humana).

San Pablo dice: "es la revelación del misterio, tenido en secreto en los tiempos eternos, pero manifestado ahora mediante los escritos proféticos, conforme a la disposición de Dios eterno, que se dio a conocer a todas las gentes para que se rindan a la fe" (Rom 16,25-26).

Como podemos observar el misterio tiene las siguientes características:

- 1. El misterio es un secreto de Dios.*
- 2. Solo puede ser conocido por revelación que Dios nos hace.*
- 3. La revelación es un misterio de amor de Dios.*
- 4. A pesar de que se revela sigue siendo insondable.*

Desde esta perspectiva es que encaramos nuestro estudio cristológico: desde el misterio revelado por Dios a todos los hombres. En esta unidad buscaremos responder la siguiente pregunta: ¿quién es Cristo?

Para encontrar esta respuesta, buscaremos primero en las Sagradas Escrituras, tanto en el Antiguo como Nuevo Testamento, para luego encontrar el desarrollo de los dogmas fundamentales sobre Jesús de Nazaré: el Misterio de la Encarnación, la Unión Hipostática y la misión Redentora del Hijo.

Recomendamos, para una mejor comprensión de esta unidad que la lean con una Biblia en la mano, ya que tendrán que buscar muchos pasajes que hacen referencia y descubren el misterio revelado por Dios que es Él mismo hecho hombre.

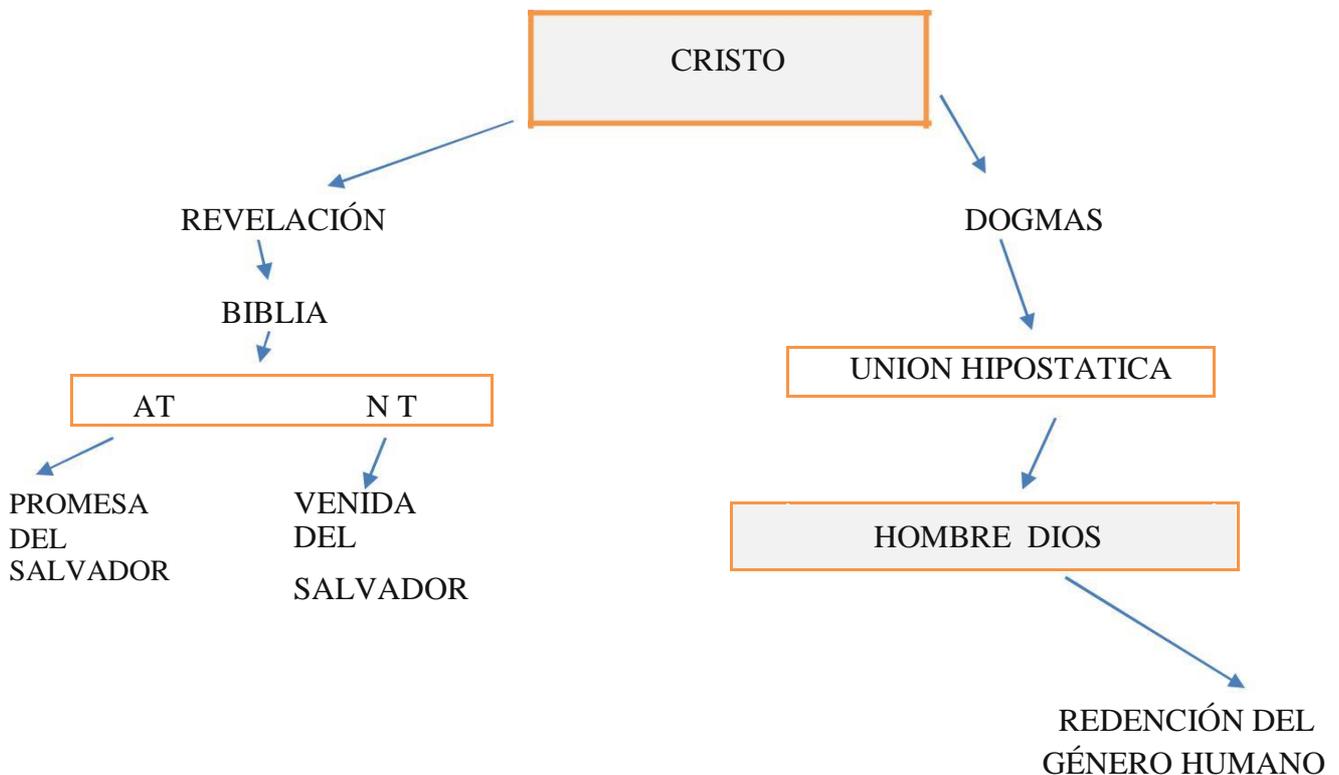
Objetivos de Aprendizaje:

- Comprender quién es Jesucristo desde una perspectiva Bíblico-teológica.
- Conocer el anuncio del Antiguo Testamento sobre el Salvador.
- Conocer a Cristo verdadero Dios y verdadero hombre desde los misterios de su vida.
- Conocer los principales dogmas sobre la persona de Cristo.
- Adquirir desde el estudio de la cristología, criterios para analizar la realidad cotidiana comunitaria y personal.

Temario:

- Cristología Bíblica: el anuncio de Cristo en el Antiguo Testamento.
- Cristo en el Nuevo Testamento: los misterios de la vida de Cristo.
- Cristología Dogmática: Unión Hipostática.
- Misterio de la Encarnación y la Pascua.
- Redención de los Hombres.

Mapa de Contenido:



PARTE I

El Misterio de Cristo en Las Sagradas Escrituras

1. El Misterio de Cristo en el Antiguo Testamento

Introducción

“Escudriñad las Escrituras... pues ellas dan testimonio de mí” (Jn 5,39).

Cabe hacernos una pregunta: ¿es necesario estudiar el Antiguo Testamento para conocer a Cristo?.

La Dei Verbum dice: “Dios amantísimo, buscando y preparando solícitamente la salvación de todo el género humano, con providencial favor se eligió un pueblo, a quien confió sus promesas. Hecho, pues, el pacto con Abraham (cf. Gén., 15, 18) y con el pueblo de Israel por medio de Moisés (cf. Ex., 24, 8), de tal forma se reveló con palabras y con obras a su pueblo elegido como el único Dios verdadero y vivo, que Israel experimentó cuáles eran los caminos de Dios con los hombres, y, hablando el mismo Dios por los Profetas, los comprendió más hondamente y con más claridad de día en día, y los difundió ampliamente entre las gentes (cf. Salm., 21, 28-29; 95, 1-3; Is., 2, 1-5; Jer., 3, 17). La economía, pues, de la salvación prenunciada, narrada y explicada por los autores sagrados, se conserva como verdadera palabra de Dios en los libros del Antiguo Testamento; por lo cual, estos libros, inspirados por Dios conservan un valor perenne: “Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza” (Rom., 15, 4).” (DV 14).

Otros textos significativos sobre la pregunta que nos hicimos:

Lc 1,68 s.: Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo y levantó a favor nuestro un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo, como lo había prometido por la boca de sus santos profetas desde antiguo, para... acordarse de su alianza santa, el juramento que juró a Abraham, nuestro padre... (cf. Lc 1,54-55)

Jn 4,22: Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos (cf. Rom 9,11).

Mt 5,17: No he venido a abrogarla (la ley), sino a consumarla.

Heb 1,1: Muchas veces y en muchas maneras Dios habló en otro tiempo a nuestros padres por el ministerio de los profetas, últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo...

1 Pe 1,10-12: Acerca de la cual (la salvación) inquirieron e investigaron los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñando que y cual tiempo indicaba el espíritu de Cristo, que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirlos. A ellos fue revelado que no a sí mismos, sino a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron, movidos por el Espíritu Santo, enviado del cielo y que los mismos ángeles desean contemplar (cf. 1 Cor 10,11).

Ef 3,4-5: por su lectura (de lo que anteriormente os he expuesto) podéis conocer mi inteligencia del misterio de Cristo, que no fue dado a conocer a las generaciones pasadas, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu. Que son los gentiles coherederos y miembros todos de un mismo cuerpo, copartícipes de las promesas por Cristo Jesús mediante el evangelio. (Cf. Mt 13,17; y también Jn 8,56)

Rom. 16,25-26: Al que puede confirmarnos según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio, tenido secreto en los tiempos eternos, pero manifestado ahora mediante los escritos proféticos, conforme a la disposición de Dios eterno, que se dio a conocer a todas las gentes...

Con esto podemos sacar algunas conclusiones:

- a) Tanto el AT como el NT constituyen un solo y mismo misterio: la realización en Cristo del designio de Dios sobre el mundo. Pero representan dos etapas distintas en la realización de este único misterio, una de preparación: el Antiguo Testamento; otra de realización definitiva “en Cristo”: el Nuevo Testamento.
- b) El AT no es todavía la plena manifestación del designio de Dios, ya que la misma se da en Cristo, que es el mismo Dios que nos habla.
- c) El AT es un período de preparación, de expectativa y de esperanza, es el tiempo de la paciencia de Dios (cf. Rom 3,26). Su objetivo es preparar y hacer desear al que va a venir.
- d) Por lo tanto es prácticamente imposible introducirse realmente en el misterio de Cristo y comprender quién es Él, si no se sitúa este misterio en su verdadero contexto, el del Antiguo Testamento.

Debemos comprender que Dios se revela paulatinamente al hombre, no fuerza la revelación sino que va preparando con una hermosa y sutil pedagogía divina que prepara al hombre para recibirlo.

Por ejemplo: Pensemos que nosotros no le enseñaríamos análisis matemático a un niño de jardín de infantes, ya que no está capacitado para poder comprenderlo, hace falta que pase tiempo y formación antes de llegar a esa instancia. Lo mismo hace Dios, luego de la caída del pecado original comienza una historia de salvación donde paulatinamente se revela, prepara con hechos y palabras intrínsecamente ligadas, para que en la plenitud de los tiempos estemos preparados para conocer a Jesús de Nazaret, Dios hecho hombre.

En esta primera parte del tema trazaremos el camino que Dios hizo recorrer a su pueblo, para prepararlo para la venida de Cristo, el cual aguardó y esperó una salvación y aguardó y esperó a un salvador.

La Historia de Israel

¿Por qué los israelitas reconocieron a Jesús como el Mesías, el Salvador? ¿Qué es lo que ellos sabían para poder darse cuenta de quién era Cristo? ¿Por qué las palabras del Mesías, por momentos, refieren a dar cumplimiento a lo que está escrito?

Podemos hacernos muchas preguntas más, la respuesta siempre referirá a lo aquellos que se esperaba, al tiempo de la preparación, al aprendizaje previo realizado por el pueblo a través de su historia.

La plenitud de la revelación es Cristo (DV 2), por lo tanto lo anteriormente hecho y dicho por Dios es lo que lleva hacia esa plenitud. Veremos sintéticamente cómo a través de las diferentes etapas de la historia de Israel se prepara para este gran misterio divino que se llama Jesucristo, donde se produce una experiencia, una espera y una purificación progresiva de la idea de salvación. Desde el drama del pecado al Dios que salva

Para profundizar sobre este tema recomendamos la lectura de Paul Faynel, *Jesucristo es el Señor*, ed. Sígueme, Salamanca 1968.

1. El Pecado Original y el protoevangelio

Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza mientras tú le acechas el calcañar. (Gén 3,15).

No nos detendremos en los detalles del texto bíblico que ya hemos visto, pero es importante aclarar que el relato del pecado original del libro del Génesis es, en definitiva, el tema de fondo, por ese pecado cometido por el primer Adán es que esperaremos el segundo Adán que es Cristo, el salvador.

Tengamos en cuenta los siguientes puntos:

a) *La justicia original:* en el relato del Génesis se manifiesta que el estado original del mundo es una comunión, la comunión perfecta del hombre con Dios (Gn 3,8), la comunión del hombre con la naturaleza (Gn 1,28-30), la comunión del hombre consigo mismo y con sus semejantes (Gn 2,25; compárese con 3,10- 21), y, coronando y acabando todo este misterio de unidad, el privilegio muy significativo de la inmortalidad (Gn3,3).

b) *El pecado original:* luego aparece el pecado en el mundo. Frente a los dones dados por Dios, el hombre responde con el pecado, desobedeciendo la ley del creador. Con esto se rompe la armonía, origina la comunión perfecta. Aparece la división, la oposición, la ruptura. Ruptura del hombre con Dios (Gn 3,23), ruptura del hombre con la naturaleza (Gn 3,18-20), ruptura del hombre consigo mismo (Gn 3,7) y con sus semejantes (Gn 4,8), y finalmente ruptura y enfrentamiento supremo: la muerte (Gn 3,19). Pero no hay que separar nunca al primer Adán del segundo (cf. Rom 5). En efecto, si Dios permite hoy esta solidaridad universal en el mal, es precisamente porque él ve y quiere al mismo tiempo la

solidaridad de todos los hombres en Cristo. El primer Adán no es más que la figura de aquel que había de venir (cf Rom 5,14).

c) *El protoevangelio*: esta es la primera promesa de salvación. Dios no se da por vencido al ver su obra desordenada por el pecado del hombre. Junto con el pecado aparece la primera señal de salvación, la primera promesa de la misma que se llama *protoevangelio* (proto: preparación, evangelio: buena noticia). En Gn 3,15 Dios dice a la serpiente: “enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, él te pisará la cabeza mientras tu le acechas el calcañar. ¿Quién puede vencer a la serpiente, aplastarle la cabeza? ¿puede el hombre, que estando en un estado de comunión plena con Dios no lo logró, y ahora está herido por la marca del pecado original? Evidentemente pisará la cabeza aquel que esté sobre ella, y ese es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Para que podamos verlo con más claridad: en el libro del Apocalipsis Juan nos dice: “y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de Dios...” (Ap 12,9-10).

d) *El mundo de pecado*: los capítulos 4-11 del Génesis subraya el dominio del pecado en el mundo, y a su vez muestra la gracia que obra Dios en ese mundo, como pasa con Noé (Cn 7). A Dios se lo ve dispuesto a aniquilar todo pero su misericordia triunfa.

2) **Abrahán y la primera Alianza**

Para hacer la misericordia de nuestros padres, y acordarse de su alianza santa, el juramento que juró a Abrahán, nuestro padre (Lc. 1,72-73).

Aquí nos encontramos con el comienzo de la historia de la salvación, la historia sagrada que comienza con Abrahán. Por primera vez Dios entra en la historia de hombre para rescatarlo. Elige a un hombre que se llama Abrahán y, con una promesa solemne, se compromete a hacer de él el padre de una multitud de pueblos, “aquel por quien serán benditas todas las naciones de la tierra” (Gén. 12,3; 15,1s.; 17,1s.). Este hombre se llamaba hasta entonces Abram, pero en adelante se llamará Abrahán (Gén 17, 5) ya que para los semitas el nombre significaba lo que uno era, y Dios al cambiar el nombre cambia el ser, es como una conversión. Enseguida, Dios estipula con Abrahán una alianza: “Yo establezco contigo, y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti.” (17, 7).

Esta promesa/alianza es:

1. **Gratuita**: ya que la salvación la obra Dios en el hombre de manera incondicional. Dios da el cordero del sacrificio, que reemplaza Isaac su hijo (Gn 22,13).
2. **Universal**: ya que Dios dice explícitamente “todas las naciones de la tierra”, que si bien se origina con la raza de Abraham en este tiempo de preparación, está destinada a todos. Esto se cumple con la Alianza Eterna y Definitiva en Cristo (cf. Gal 3,26-28).

3. **Dios solo pide una respuesta de FE:** si bien Dios da gratuitamente pide que su don sea aceptado y acogido libremente. Esto implica un compromiso, no solo de la razón, sino de vida. La salvación de la obra Dios, uno solo es incapaz de lograrla sin la fe. En esta promesa el sacrificio de Isaac (Gn 22) es una muestra de la respuesta del hombre a Dios.

4. **El objeto de la promesa es doble y único:** porque promete heredero y herencia, descendencia y tierra, que está se cumple plenamente en Cristo que es el heredero y la herencia. Esta será la promesa que en adelante va a invadir toda la historia religiosa de Israel: “*Acuérdate del juramento que juraste en otros tiempos a nuestro padre Abrahán*” (Ex 32,13).

3) Moisés y éxodo

Dios oyó sus gemidos, y se acordó de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Miró Dios a los hijos de Israel, y atendió (Ex 2, 24-25).

Esta es la **primera realización** de la promesa hecha a Abrahán. **Dios salva a su pueblo** de la esclavitud de Egipto, prefigurando así misteriosamente la gran liberación de los hombres en Jesucristo. Nuestra pascua, la que es realmente nuestra, es el Señor.

Lo que sucedió en Egipto es bien conocido por todos. Por ello no **recordaremos aquí más que sus rasgos principales**. Desde hace 400 años, los israelitas están sometidos al yugo de los egipcios. Hoy, desfallecen bajo este yugo. Mortero, ladrillos y labores agrícolas, nada se les ha ahorrado (cf. Ex 1,14). Es verdaderamente la esclavitud en todo lo que tiene de más doloroso y humillante. Se les golpea (2, 11) y se asesina a sus recién nacidos (1, 22).

Pero Dios se acordó de ellos, hace de Israel su pueblo, elige nuevamente un hombre: Moisés, al que el revela su propio nombre “*Yo soy*” (cf. Ex 3,13-16).

Dios renueva con Moisés la alianza con su pueblo, la cual es sellada con un sacrificio, el cual es el signo de su concreción. Pero en este caso Dios pide una contrapartida, Israel ya cree en Él, ya conocen a Abrahán, **ahora pide una contrapartida y da una LEY**.

Los rasgos principales de estos hechos son los siguientes:

1. **El éxodo es una liberación:** la experiencia que el pueblo tiene de este hecho histórico será que **Dios Salva**, Yahveh es el único salvador de la esclavitud. Si bien en estos tiempos la salvación refiere a una esclavitud terrenal, como es estar *presos* en un país, esto será capital en la formación de la conciencia de Israel de **Dios salva de la esclavitud del pecado**, hecho obrado por Cristo. A esto referíamos al principio cuando decimos que la idea de salvación se va purificando a lo largo de la historia, por los hechos y palabras obrados por Dios en su pueblo.

2. **Este misterio de salvación es un misterio de alianza y compromiso:** la alianza adquiere una amplitud y una fuerza renovadas; no sólo todo el pueblo es llamado a participar en esta alianza obedeciendo a la ley, guardando la alianza (Ex 19, 5), sino que hay más todavía: precisamente a causa de esta ley, y a causa del compromiso recíproco que ella supone, se convierte realmente en la

base de la vida religiosa de Israel. Por la alianza de Dios y el hombre terminan por vincularse y comprometerse recíprocamente; éste es verdaderamente ya el misterio de “Dios-con-nosotros”; el compromiso de Dios, digámoslo una vez más, **es un compromiso gratuito e incondicional, es un don de gracia**. Sin embargo, Dios exige una contrapartida humana. Él da, pero quiere que su don sea libremente aceptado por el hombre, o mejor todavía, exige una colaboración: la ley. Dios da, pero exige que el hombre conquiste en cierta manera lo que él le da. **Cristo realizará la alianza y además él mismo será la alianza, la unión sustancial entre Dios y el hombre, el verdadero Dios con nosotros.**

3. **La alianza quedará sellada por un sacrificio (Ex 24,1-8):** Dios da libremente y exige al hombre que haga sacrificios en su nombre, aunque sean estériles. Pero es esencial comprender este sentido del sacrificio.

Hoy en día si hacemos un trato/alianza con alguien firmamos un documento que significa el compromiso asumido. En aquel tiempo los sacrificios eran lo que significaba el sellar/firmar una alianza. Por este motivo si no había sacrificio no había alianza, no había testimonio de efectivizarla. Esto es fundamental para comprender el sacrificio de Cristo, el Cordero del sacrificio Pascual. Jesús es la alianza (Dios- hombre) y esta se sella con el sacrificio de Cristo, por este motivo se insiste tanto en la necesidad de la muerte de Cristo para poder hacer efectiva la alianza de Dios con el hombre, que ya se hace con la encarnación del Verbo y se sella con el sacrificio del Cordero. El resultado de la Alianza Nueva y Eterna es la reconciliación del Hombre con Dios.

4. **La historia de Israel es la historia de esta alianza:** En adelante es toda la vida de Israel la que debe ser dirigida y orientada por ella. La historia de Israel es la historia de la fidelidad de Dios hacia y contra todas las infidelidades de los hombres, llamándose, por otra parte, la una y las otras, y apareciendo ya Dios a través de esta historia como aquel que sabe sacar bien del mal y hace que sirvan a su designio de salvación los pecados de los mismos hombres. Concretamente, es la experiencia progresiva de la salvación, visión de las primeras promesas realizadas (entrada en la tierra prometida, victoria sobre los enemigos, etc.), y la esperanza acrecentada de que Dios permanecerá fiel a su palabra, de que continuará dirigiendo la historia. Los castigos no tienen, en fin de cuentas, más que una sola finalidad: **lograr que Israel adquiriera conciencia de su pecado haciéndole experimentar que fuera de Dios no existe ningún salvador**. En definitiva es por esto que el Antiguo Testamento se lo reconoce como el tiempo de la **paciencia de Dios**.

4) **David y el mesianismo real**

Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre (Lc 1, 32).

La institución de la realeza representa en la historia del pueblo elegido una etapa decisiva. Nada más curioso, por otra parte, que la aparición y la evolución de esta idea de la realeza. Israel pide a Dios un rey, la petición no carece de peligro. Israel,

como hemos dicho ya, no es un pueblo como los demás. Es preciso que por nada del mundo lo olvide y que, so pretexto incluso legítimo de tener un rey “*como las demás naciones*”, no llegue de hecho a rechazar a su único verdadero rey, Yavé. Este, sin embargo, acepta el riesgo. **Y enseguida estamos ante el gran éxito: el prestigioso reino de David y de Salomón.**

El éxito se va apoyado y consagrado por Dios. Es su promesa solemne, él asegura a David que estará para siempre con él y que consolidará para siempre su trono y su reino (2 Sam 7, 11-16). En un sentido, por tanto, nada ha cambiado en el régimen profundo del pueblo de Dios. Es siempre Yavé, y sólo Yavé, el rey de Israel. Pero, así como hasta entonces él había sido rey directamente, en adelante va a tener un lugarteniente suyo en la persona de su ungido. (1 Cro 28, 5).

Y así surge *el mesianismo real*, uno de los acontecimientos que van a marcar más profundamente el alma del pueblo judío, aún en nuestros días. El primer anuncio del gran misterio de la salvación comienza con aquellas palabras: “*Y concebirá en tu seno y darás a luz un hijo... Él será grande ...Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin*” (Lc 1, 32).

Si prestamos atención a la historia de Israel veremos que el *mesianismo real es un modo entender la salvación*. En aquel tiempo, por el éxito obtenido con David y Salomón, el pueblo de Israel concibe la salvación con características nacionales y políticas. Es llevar al pueblo a gobernar a todas las naciones de la tierra a través de un caudillo como David, y dirigirlos hacia Dios. El *salvador* esperado será un Rey que gobierne con cetro de hierro, se sienta en un trono a gobernar efectivamente, políticamente y nacionalmente. Justamente Cristo buscará en su predicación que no confundan su misión mesiánica espiritual con este personaje nacional y político. Esta idea de salvación será la que se purificará en los años siguientes a causa del destierro.

5) Los profetas y el destierro

He aquí que vienen días, oráculo de Yavé, en que yo haré alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como la alianza que hice con sus padres (una alianza nueva) (Jer 31, 31).

Luego del esplendor del pueblo en la época de los reyes, vendrá otra dolorosa y rica en vida espiritual. La invasión de los babilonios que lleva al destierro del pueblo y la destrucción del templo. Dice Faynel: “*Es ésta la época de la gran humillación del pueblo elegido; y es al mismo tiempo la de las más hermosas y ricas esperanzas. Golpe a golpe, toda una serie de catástrofes se abaten sobre Israel. En primer lugar, el cisma, después el fin del reino de Judá, luego el desierto y deportación a Babilonia, más tarde la diáspora, las persecuciones, etc. Es realmente un milagro que Israel no sucumba a la tormenta: por suerte, tiene sus profetas que le hablan una y otra vez del amor indefectible de Yavé hacia él, y que le ayudan a interpretar en este sentido los acontecimientos dolorosos por los que va a atravesar*”.

•

Aparecen los profetas del destierro que predicarán en torno a tres grandes temas:

- a) La fidelidad absoluta de Dios hacia su pueblo.
- b) La necesidad de una nueva alianza eterna, renovarla. No se debe pensar ya solamente en la posesión de un reino terrenal, sino en el reino de Dios sobre esta tierra, un reino de justicia y de

santidad (Am 9, 10; Is 29, 19-21).

c) La superación de perspectivas hasta entonces demasiado exclusivamente nacionalistas. En este sentido se dice que esta *nueva alianza será universal*. Todo tiene su razón de ser: puesto que lo esencial es la fidelidad, *la circuncisión del corazón* (Jer 4, 4; Is 56, 3-8; Ez 20, 28), no se ve por qué ésta ha de ser monopolio del único Israel según la carne, es decir de la raza. Este será uno de los pasos más dolorosos para Israel. En tiempo de Cristo; incluso cierto número de ellos permanecerá tenazmente opuesto a él, y ahí estará realmente una de las mayores dificultades frente a este gran misterio de universalismo y de catolicidad que es Cristo (Ef 2, 11-18).

Conclusión

En estas etapas de la historia de la salvación Dios prepara a su pueblo, con una sutil y eficaz pedagogía divina, que permitirá reconocer, en la plenitud de los tiempos, al Mesías Rey, Profeta y Celestial esperado durante tantos años.

La idea de salvación se irá purificando paso a paso hasta que se pueda comprender aquello que estaba implícitamente revelado, que aquel que vendría sería el mismo Dios hecho uno de nosotros. Toda la historia de Israel avanzaba precisamente en esta dirección, en la medida misma en que se conservaba en el alma del pueblo elegido: 1) la convicción de que Yahveh se interesaba por él, y que incluso era él en definitiva el único verdadero dueño de su historia; 2) la espera del “*día de Yahveh*” que sería precisamente la gran manifestación de este dominio y de ese amor de Yahveh hacia su pueblo. Hasta el mismo profeta Isaías espera diciendo: “*¡Oh si rasgaras los cielos y bajaras!*” (63,19).

En resumen, veamos el siguiente cuadro:

<i>Etapas</i>	<i>Aprendizaje/Preparación</i>	<i>Prefigura</i>
El pecado original (Adán y Eva)	<ul style="list-style-type: none"> • El origen del pecado está en el hombre. A pesar de ello, Dios promete un salvador en el protoevangelio (Gn 3, 15). 	<ul style="list-style-type: none"> • Cristo como salvador que pisará la cabeza a la Serpiente (Ap 21,9-10).

La promesa (Abraham)	<p>La iniciativa de Dios que va a buscar el hombre.</p> <p>La FE en Yahveh el único Dios.</p> <p>La salvación universal. La promesa de herencia y heredero.</p> <p>El sacrificio de la Alianza.</p>	Cristo como el heredero y la herencia, la alianza universal, eterna y definitiva.
El éxodo	<p>Dios Salva de la esclavitud.</p> <p>La Pascua (paso) de la esclavitud terrenal a la libertad.</p> <p>El cumplimiento de ley para tomar conciencia del pecado y la necesidad de Dios.</p>	Cristo como salvador de la esclavitud del pecado. La Pascua de la esclavitud del pecado a la libertad de la Gracia.-

La Realeza y mesianismo Real	<p>El mesías que ha de venir será Rey (como David, según la profecía de Natán 2 Sam 7).</p>	La espera del Mesías Rey, el Hijo de David (Mc 11,9 - 10).
El destierro y los profetas	<p>Superación de ansias nacionalistas.</p> <p>Espiritualización de las creencias</p> <p>Necesidad de una nueva y eterna alianza.</p>	<p>Cristo es Mesías Profeta y Celestial (Is 42.43; Dn 7,-914).</p> <p>Cristo es la Nueva y Eterna Alianza.</p> <p>La Alianza es Universal.</p>

2. El Misterio de Cristo en el Nuevo Testamento

Introducción

Ahora abordaremos el estudio bíblico cristológico desde el Nuevo Testamento a través de los misterios de la vida de Jesús.

A partir de estos misterios descubriremos dos datos principales:

1. Cristo es quien estamos esperando según las promesas hechas desde antiguo, él es el objeto de la promesa de la Antigua Alianza;
2. Jesús de Nazaret, es verdadero hombre y verdadero Dios, dos naturalezas y una persona divina, y tiene autoridad de perdonar los pecados, es decir, de redimir a todo el género humano.

Nos centraremos en los misterios principales:

- a) el misterio de la Encarnación de Cristo;
- b) las palabras y enseñanzas de Jesús;
- c) los milagros de Cristo;
- d) la pasión y muerte de Cristo;
- e) la resurrección de Cristo y redención de los hombres.

Los misterios de la vida de Cristo

a) El misterio de la Encarnación de Cristo

1- El Prólogo de Juan:

El misterio de la encarnación es en donde aparece con mayor claridad lo que Jesús de Nazaret es: el Hijo de Dios hecho hombre, **verdadero Dios y verdadero hombre**.

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron[...]

Vino a su casa y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad[...] [...] *Porque la ley fue dada por medio de Moisés: la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1,1-18).*

Nada más claro en el prólogo del evangelio de Juan para saber quién es Jesucristo:

- La Palabra hecha carne.
- La Palabra es Dios.
- La Palabra es enviada por el Padre.
- La Palabra dio el poder hacernos hijos de Dios (perdonar los pecados).
- La Palabra es quien da la gracia.
- LA PALABRA ES JESUCRISTO.

2- Las genealogías de Jesús:

Podemos conocer quién es Jesús a través de sus *genealogías* que se presentan en los evangelios sinópticos, donde presentan a Cristo como el Mesías que había sido anunciado por los profetas, el que estábamos esperando desde el destierro causado por el pecado original. En definitiva aquel que iba a pisar la cabeza de la serpiente (cf. Gn 3,15).

Nos encontramos con dos genealogías: Mateo 1,1-17 y Lucas 3,23-38; las mismas ponen de manifiesto la *naturaleza humana* de Cristo a través de su ascendencia. Por su nacimiento es un verdadero fruto de aquel pueblo escogido al ser descendiente de Abrahán, que viene a salvar al género humano por ser descendiente de Adán (en Lucas), y que es el Mesías por ser descendiente de David.

Del pueblo de Israel Jesús sacó la naturaleza de la carne, y en ambas genealogías muestran el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento en la persona de Cristo.

3- La Virgen María:

“Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, *nacido de mujer*, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gal, 4,4-5).

Jesús nace de la santísima Virgen María, mujer del linaje de David (bajo la ley). Y el solo hecho de que Dios lo hizo así está muy bien hecho (cf. Royo Marín, A. OP, *Jesucristo y la vida cristiana*, BAC, Madrid, 1961, p240-241).

Royo Marín sostiene que *fue convenientísimo que el Hijo de Dios se encarnase en una mujer, donde ella suministra la materia que es necesaria para que la generación humana se efectúe por parte de madre* (cf. 240-241).

De acá se puede decir que el Verbo de Dios toma la naturaleza humana de María. Por lo tanto, ***tenemos en la concepción de Cristo una cosa natural y otra sobrenatural:***

- Natural es que Cristo haya nacido de mujer; es decir, que recibió la materia que todo ser humano recibe de la mujer en la concepción.
- Sobrenatural es que Cristo haya nacido de una Virgen, que no conoció varón (Lc 1,34-35), con lo que tenemos otra persona que interviene: *El Espíritu Santo*.

4- El Espíritu Santo

“María respondió al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? El ángel le respondió: el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,34-35; cf Mt 1,18).

Si bien la concepción de Cristo es obra de la Trinidad, se atribuye especialmente al Espíritu Santo la concepción de **Cristo-hombre** en el seno virginal de María. No como la segunda persona de la Trinidad que fue engendrada desde tiempos eternos por el Padre, como vimos en la unidad anterior.

Esto es aclarado en varias oportunidades en las Sagradas Escrituras, la referencia a la obra del Espíritu Santo sobre la Virgen Madre de Dios: Mt 1,18; Mt 1,20; Lc 1,34-35.

Como podemos ver se trata de un dogma donde *“la sana razón descubre sin esfuerzo su perfecta posibilidad, teniendo en cuenta que se trata de una concepción milagrosa, sobrenatural, y nada es imposible para Dios (Lc 1,34)”* (Royo Marín, p 243).

Aclaremos también que la concepción, animación y asunción del Verbo de la naturaleza humana de Cristo se realizó en un solo y mismo instante. Ya que lo dice implícitamente el ángel Gabriel: “Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo” (Lc 1,31-32). Esto implica que es concebido el Hijo del Altísimo, lo que equivale a decir que desde el primer momento Cristo es Dios y Hombre.

a) Las palabras y enseñanzas de Jesús

“Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad” (Jn 18-37).

Cristo no se entregó a una vida puramente contemplativa, sino que viene a dar testimonio de la verdad, así poder liberar al hombre del pecado y que podamos llegar al Padre a través de Él.

Por lo tanto haremos una breve reseña como desde sus palabras y enseñanzas manifiesta su misión, que es el Mesías e Hijo de Dios.

A través de su humanidad, Cristo fue manifestando su divinidad. Es decir, Cristo fue mostrando a los apóstoles progresivamente que es Dios. Tengamos cuidado de pensar que nuestro conocimiento causa su divinidad, ya que es esto absolutamente falso. Él siempre fue, es y será Dios. A través de lo visible, su humanidad, deja ver lo invisible, su divinidad.

Podemos considerar los siguientes puntos:

Jesús fue develando poco a poco el secreto mesiánico:

Es decir, que progresivamente y con cuidado va dando a conocer lo que Él es: Mesías, Hijo de Dios. No quiere causar confusión entre los judíos, que en aquel tiempo estaban esperando un caudillo que los liberara del yugo de los romanos (cf Faynel 66-70).

Para revelarse como Mesías utilizará en su prédica un título personal: **hijo de hombre**. El mismo lo toma del profeta Daniel *“y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su*

presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (Dn 7,13-14). Como pueden ver llamarse a sí mismo Hijo de Hombre es atribuirse un título mesiánico.

Hay varios textos significativos sobre el **hijo del hombre**. Por ejemplo: “Para que vean que hijo del hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados” (Mc 2,10); otros textos lo presentarán como el **siervo doliente**: “comenzó a enseñarles cómo era necesario que hijo del hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes...” (Mc 8,31); por último manifiesta la **venida gloriosa del hijo del hombre** profetizada por Daniel: “En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel...” (Mt 19,28); o también: “la declaración solemne de Jesús ante el sanedrín, que decidirá por fin su muerte: ¿Eres tú el mesías, el hijo del Bendito? Jesús dijo: Yo soy, y veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo” (Mc 14,61-62).

b) La prédica a través de parábolas:

Este es, otro punto a destacar de la enseñanza de Cristo. Pero, ¿por qué enseñaba por medio de parábolas? Él mismo responde: “Y acercándose los discípulos le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Él respondió: Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobrarán; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis, porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane” (Mt 13,10-15).

Santo Tomás sostiene que la doctrina permanece oculta por el modo de predicarla, ya que no eran capaces de **recibir abiertamente** esa doctrina por el prejuicio mesiánico que mencionamos, lejos de la verdadera misión de Cristo; y no eran dignos de recibirla claramente, por su obstinada incredulidad, por tener el corazón duro (cf. Lc 11,15; Jn 12,10-11, etc.).

El Hijo de Dios Vivo:

“¿Quién pensáis que soy yo? Pedro responde: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16,15-16).

En la confesión de Cesarea de Filipo es el punto más alto de la prédica de Jesús a sus amigos, los apóstoles. Es en ese momento donde ya la suerte está echada, la pasión está comenzando. Es en ese momento donde lo reconocen como el Hijo de Dios vivo.

También hay otros relatos en donde el sugiere y hasta declara quién es:

- Mt 24,36: “Cuanto a ese día o a esa hora, nadie lo conoce, ni los ángeles del cielo, ni el hijo, sino sólo el Padre”. Esto es respecto de su lugar el día del Juicio.

- Mt 12,1-ss: “Le quedará todavía uno, un hijo amado, y se lo envió también el último, diciéndose: a mi hijo le respetarán. Pero aquellos viñadores se dijeron para sí: éste es el heredero. Matémosle y será nuestra la heredad”. En este caso Cristo es el Hijo muy amado, del dueño de la viña.

- Lc 22, 66: “A la pregunta: Si eres el Mesías, dínoslo, Jesús responde: Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare, no responderéis; pero el hijo del Hombre estará sentado desde ahora a la diestra del poder de Dios. Entonces, le dijeron todos: ¿luego eres tú el hijo de Dios?. Él les declaró: vosotros lo decís, yo soy”. Esta declaración ante el sumo sacerdote Caifás es la más solemne, donde los judíos sospechan que es Hijo de Dios. Este el motivo por el cual lo condenan a la crucifixión: porque siendo hombre se ha hecho Dios.

c) Los milagros de Cristo

Jesucristo realizó milagros para mostrar su misión, estos los realizó con su poder divino durante el ministerio público. Los milagros manifestaron su divinidad, donde los más importantes fueron la transfiguración y la resurrección, por ellos muestra su plenitud de gracia y su filiación divina con el Padre, venciendo a la muerte para la redención de los pecados.

Los milagros forman parte esencial del ministerio de Cristo por lo siguiente:

a) **Son signos del reino:** “Habiendo oído Juan en la cárcel las obras de Cristo, envió por sus discípulos a decirle: ¿Eres tú el que viene o hemos de esperar a otro? Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado el que no se escandalizare en mí” (Mt 11, 2-6);

b) **Son signos de salvación:** Esto queda implícito cuando él dice: “Tu fe te ha salvado”. A su vez el cura permanentemente el cuerpo y el alma, borrar los pecados son signo de curación del cuerpo. Esta vinculación del milagro con el perdón, por ejemplo, la curación del parálítico (Mc 2,1-12), hace de ellos una promesa de curación (cf. Faynel p78).

b) **Son signos ocultos:** ya que la salvación es obra del siervo doliente, por lo tanto Cristo manda a callar a aquellos que lo reciben para controlar el alcance de ellos.

d) **Son signos del poder divino:** “Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me concedió hacer, esas obras que yo hago, dan en favor mío testimonio de que el padre me ha enviado, y el Padre que me ha enviado, ése da testimonio de mí” (Jn 5,36-37). Respecto a este punto Royo Marín (p. 296) señala tres razones teológicas dadas por Santo Tomás: a) por la **calidad** de las obras en cuanto que superan todo poder natural y solo pueden ser realizadas por el poder divino; b) por la **autoridad** con que realizaba los milagros, en virtud de su propio poder (cf. Lc 6,19); c) por la **doctrina** que declara Dios donde el milagro confirma la palabra.

d) La pasión y muerte de Cristo

Como anticipábamos al estudiar el Antiguo Testamento, era necesario que Jesucristo padeciese para la liberación del género humano.

“A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado en la cruz el Hijo del hombre, para que todo el crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,14-15).

Marcos dice: “Comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del hombre padeciese mucho y que fuese muerto y recitase después de tres días” (8,31).

Es claro que la necesidad de la pasión de Cristo es en cuanto que es el mejor modo de redimirnos, aunque Dios lo podría haber hecho de cualquier otro modo ya que nada es imposible para Él. Este modo nos ha mostrado cuanto nos ama al entregarnos su Hijo muy amado; es por eso que San Pablo dice: “Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros” (Rom 5,8).

A su vez nos da el ejemplo: “Cristo padeció por nosotros y nos dejó ejemplo para que sigamos sus pasos” (1 Pe 2,21).

La necesidad de la pasión también se funda en que Cristo debe pasar por la muerte, por tanto al morir, a causa del pecado del hombre, puede vencer a la muerte con su resurrección (cf. 1 Cor 15).

Las profecías se dan cumplimiento con el sacrificio del Cordero: “Era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos de mi... Porque estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos” (Lc 24,44-46). Pero sin embargo, debemos aclarar que no es Dios quién muere sino que la pasión es padecida por la humanidad de Cristo, ya que su divinidad es impasible (cf. Royo Marín, p 313).

Cristo sufre la pasión y su muerte por voluntad propia, obedeciendo la voluntad del Padre Celestial, por eso nos enseña San Pablo: “Como por la desobediencia de uno muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos” (Rom 5,19).

Entre los efectos de la pasión de Cristo nos encontramos con (cf. Royo Marín 336-346):

- a) La **liberación del pecado**, como dice el Apocalipsis: “Nos amó y nos limpió de los pecados con su Sangre” (1,5).
- b) La **liberación del poder del diablo**, Juan sostiene: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuese levantado de la tierra, todo lo atraeré a mí” (Jn 12,31-32).
- c) La **liberación de la pena del pecado**, “El fue quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores” (Is 53,4) con el fin de liberarnos de la pena de nuestros pecados.
- d) La **Reconciliación con Dios**, porque San Pablo es claro en su carta a los romanos: “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (5,10).

e) La **apertura de las puertas del cielo**, en la carta a los Hebreos dice: “*en virtud de la sangre de Cristo tenemos firme confianza de entrar en el santuario que Él nos abrió*” (10,19).

f) Por último la **Exaltación de Cristo**, en donde se cumple el misterio de la kenosis del Mesías: “*el cual, siendo de condición divina, hizo alarde de su categoría de Dios, antes bien, se humilló a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual Dios lo exaltó y le dio el nombre que esta sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*” (Fil 2,6-11).

Esta pasión concluye con la muerte de Cristo, necesaria como hemos visto hasta ahora. Por un solo hombre entró el pecado y ahora por uno solo somos redimidos de él. La muerte es el signo más visible de su humanidad, y al morir muestra con toda su fuerza su divinidad, al vencer la peor pena del pecado original: la muerte, y así redime nuestra suerte.

e) La resurrección de Cristo y redención de los hombres

La resurrección es un dogma fundamental de la fe católica, está explícitamente revelado en la Sagrada Escritura, por ejemplo: “*Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren*” (1 Cor 15,20).

Dios padre exalta a su Hijo unigénito con la gloria de la resurrección según enseña San Pablo en la carta a los filipenses: “*...Dios lo exaltó y le dio el nombre que esta sobre todo nombre...*”.

Este milagro, a su vez, nos aumenta la caridad en cuanto que vemos lo que Dios hizo por nosotros; confirma la fe en la divinidad del mismo Jesús; y alimenta la esperanza porque esperamos resucitar como Jesucristo lo hizo.

Royo Marín (p. 362-ss) concluye lo siguiente:

1. “*La causa eficiente de nuestra resurrección será la omnipotencia de Dios*” ya que “*El que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu, que habita en vosotros*” (Rom 8,11).

2. “*La resurrección de Cristo será la causa eficiente instrumental y la causa ejemplar de nuestra futura resurrección, del mismo modo que su muerte en la cruz fue la causa meritoria de la misma*” es decir que el es quien nos vivificará con al vida del Verbo mismo de Dios, y que resucitaremos como él lo hizo (cf Fil 3,21).

En conclusión

Toda la Sagrada Escritura está orientada a este suceso salvífico e histórico: la encarnación, la vida, la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo. Las antiguas promesas hechas a Abrahán se cumplen en Jesucristo.

La antigua alianza se renueva y se celebra una nueva, eterna y definitiva alianza entre Dios y el hombre que es el mismo Cristo: el es la admirable unión de Dios y el Hombre en la persona del Verbo Divino, en Él, en su persona divina, se da la alianza, la que es sellada por el sacrificio del Cordero Pascual.

Este sacrificio era necesario ya que por él Jesucristo vence a la muerte con la resurrección quedando exaltado sobre todos, nos libera del pecado y nos lleva a la vida eterna.

PARTE II

Reflexión sobre el Misterio de Cristo

La religión cristiana propone una salvación que no pasa por una realización solamente individual y subjetiva, sino que resulta del contacto personal de los hombres con Dios, que también es persona. Esta es quizá la verdad más importante que tiene el cristianismo para decir a los hombres de hoy, y esto porque es frecuente hoy encontrar la idea de una realización humana que depende en definitiva de lo que el hombre pueda sacar de sus potencialidades.

*No pocas religiones, **las orientales** por ejemplo, proponen la perfección del hombre como una suerte de estado del alma al cual el hombre llega por medio de un ejercicio espiritual que consiste muchas veces en la **negación de los deseos y pasiones**, y que tiene su punto de partida en la toma de conciencia de una **pertenencia a una Totalidad**.*

*En esas propuestas religiosas la salvación o estado de perfección pareciera concluir en una **disolución del individuo** con todo lo que ello implica. Con el cristianismo ocurre precisamente lo contrario puesto que no se puede hablar de un Dios cristiano sino es a partir de la noción de un Dios que es persona. Por la revelación del Nuevo Testamento sabemos, además, que no solamente Dios es un ser personal como aparecía en la revelación del Antiguo Testamento sino que además hay tres personas de Dios. **Tres individuos distintos** por las relaciones que tienen entre ellos pero que tienen en común la misma y única naturaleza divina.*

*El Dios cristiano, entonces, nunca existió como un ser individual solitario y aislado. Desde toda la **eternidad** hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo: Dios es familia o comunidad desde siempre.*

*Este Dios quiso, por su infinita bondad, crear seres que participaran de esta dignidad que constituye el ser persona, y por eso creó a los hombres a imagen y semejanza suya. Por este motivo, para el cristianismo, **la salvación**, lejos de consistir en una disolución de las personas en un todo, **estriba en el encuentro de las personas humanas con las personas divinas, con lo cual el concepto de persona constituye la clave de comprensión de la propuesta cristiana.***

Más aún, cuando Dios quiso darse a conocer y manifestar a los hombres la salvación que les propone, eligió, en un principio a personas que hicieran

de intermediarios (patriarcas, profetas, etc.), pero quiso también hacerse El presente en personas. Para revelarse de manera definitiva el Padre envía al Hijo que asume la naturaleza humana y es concebido por una mujer, María, por obra del Espíritu Santo. Esta presencia personal y directa de Dios en la historia significa que Dios sale al encuentro personal del hombre. Ese encuentro es fruto del descenso de Dios a los hombres y del ascenso de los hombres a Dios, en Cristo, en su naturaleza humana y por medio de ella todos los que aceptan a Dios.

Por lo tanto, la principal tarea que tenemos que emprender, si queremos conocer la verdad sobre la salvación del hombre, es conocer la persona divina que se hizo hombre para hacernos visibles al Dios invisible.

La salvación cristiana se afirma entonces en dos grandes verdades:

- 1. El valor de la persona divina y humana;**
- 2. El valor de lo humano para Dios.**

El hecho de que Dios haya asumido la naturaleza humana, una naturaleza infinitamente inferior a la suya, señala con claridad que seguramente Dios la aprecia más que nosotros mismos. De allí que haya querido servirse de ella como un instrumento válido para llevar a cabo la redención de los hombres.

La plenitud espiritual se alcanza de manera definitiva en la **vida eterna**, sin embargo, no sólo se realiza en la otra vida sino que tiene el inicio en esta **existencia temporal**. La visión cara a cara de Dios es la realización acabada del acto de fe por el cual el hombre aquí en la tierra comienza a conocer a Dios. La salvación, entonces, no es sólo una realidad eterna sino también temporal. La fe cambia el sentido de la vida de una persona porque la dirige hacia objetivos y valores completamente nuevos, trascendentes.

Esos fines y valores trascendentes son los que permiten el despliegue de todas las potencialidades humanas, físicas y espirituales y por ello permiten también una plenificación de la existencia histórica.

Con la humanización del Hijo de Dios se inicia la humanización y divinización del hombre.

En la existencia humana de Jesús no sólo se revela la naturaleza del Hijo de Dios sino que también se muestra el modo más perfecto de existencia humana. El Hijo, por ser engendrado por el Padre, es imagen de Aquél, que es su origen, y al asumir la naturaleza humana realiza, además, otra imagen, la imagen más acabada de lo que Dios quiso hacer en el hombre cuando lo creó a imagen y semejanza suya.

*Hay, además, otro significado valioso en este descenso de Dios a la historia humana y es que Dios no está aislado y distante del hombre, más bien podemos decir que con lo que hizo podemos descubrir en Él una pasión por el hombre. Hay en Él un profundo **deseo**, un amor sin límites por este ser que Él sacó de la nada y lo hizo existir, **por estar junto al hombre. Por***

este motivo Dios se hace hombre, y será hombre para siempre. Después de este gesto de amor nadie puede pensar que el hombre pueda estar alguna vez sólo y abandonado. Aún en su estado más profundo de soledad puede él descubrir, en la inmensidad del espacio, un Tú como seguridad y compañía.

En este intercambio entre Dios y el hombre, ni Dios deja de ser divino por hacerse humano ni el hombre pierde su condición por hacerse imagen de Dios. Por el contrario, la bondad divina se muestra más grande que nunca, y la bondad humana adquiere una realización trascendental.

1 – Jesús, El Hijo De Dios Hecho Hombre

En Jesús de Nazareth se realiza el misterio más grande de la fe cristiana porque sin dejar de ser Dios se hizo hombre de verdad.

Resulta muy difícil la explicación de cómo lo divino puede caber en lo humano, por eso no fue simple el deseo de **explicación teológica** que a lo largo de la historia de la Iglesia se intentó a partir de este dato de la revelación. Es difícil explicar cómo este hombre que vivió en un momento concreto de la historia se comportaba como Dios y como hombre.

En los relatos evangélicos aparece el mismo Jesús formulando la pregunta a sus propios discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dice que es?”

En las distintas respuestas algunos lo identifican con algunos de los profetas anteriores hasta que toma la palabra Pedro y responde: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús lo felicita porque esa confesión de fe es una revelación divina.

Desde entonces **los apóstoles** se vieron obligados a tratar de explicar quién era este Jesús de Nazareth. Pasaron más de tres siglos para que después de mucho debate en el seno mismo de la Iglesia ésta pudiera **proclamar oficial y formalmente** cómo hay una naturaleza humana y otra divina en el hijo de José y María.

El Concilio de Calcedonia (año 451) define la fe de la Iglesia de esta manera:

“Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno sólo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesu- cristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hom- bre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado (Hebr. 4, 15); engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divini- dad, y Él mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salva- ción, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno sólo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de na- turalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno sólo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo”

1

. DENZINGER E., El Magisterio de la Iglesia, Herder, Barcelona, 1963, n.148.

La fe de la Iglesia, entonces, afirma que existen dos naturalezas que se unen en Cristo, la humana y la divina. Trataremos ahora de explicar en qué consiste esta unión para entender cómo es posible que un mismo sujeto sea hombre y Dios a la vez.

En primer lugar hay que decir que estas naturalezas, cuando se unen no se funden o mezclan constituyendo una sola, sino que, después de la unión, ambas permanecen perfectamente **íntegras e inconfusas**.

En otras palabras, *el Verbo divino, al asumir la naturaleza humana, no deja de ser Dios*. Para comprender mejor esto tenemos que recordar que *por naturaleza enten- demos la esencia de una cosa*, en cuanto es principio de las operaciones que le son propias. La naturaleza no es lo mismo que la persona porque no responde a la pregunta: quién es éste, determinando un sujeto, sino que responde a la pregunta de: qué es éste, no dice si es Juan o Diego sino si es o no hombre, por ejemplo. *La naturaleza designa a la cosa, a su ser; la persona designa al yo* Cf. YEPES STORK R., Fundamentos de Antropología, Eunsa, Navarra, 1996, 94-100.

Es metafísicamente imposible la fusión de la naturaleza divina con la naturaleza de un ser creado porque eso implicaría una transformación pasiva o activa de los componentes; así por ejemplo, cuando forman una nueva naturaleza, dos sustan- cias completas, como cuando el hidrógeno y el oxígeno forman el agua; o bien cuando dos seres incompletos forman una única naturaleza, como por ejemplo la materia y la forma, o el cuerpo y el alma constituyen al hombre. Tampoco es posible la transformación por la asimilación completa de un ser en otro, como cuando un hombre incorpora un alimento. **Ninguna de estas uniones es posible** puesto que la naturaleza divina es inmutable, perfecta e impasible; y por otra parte porque la naturaleza humana jamás puede transformarse en divina.

Luego, es necesario que ambas naturalezas continúen siendo tales y la unión se verifique en la persona .

SANTO TOMÁS, Suma Teológica, III, q. 2, a. 1.

Cuando decimos que *hay dos naturalezas en Cristo*, que al unirse siguen existiendo como distintas, estamos diciendo que *Él es Dios y hombre verdadero. Sin embargo no hay más que una sola persona, un solo yo: el yo divino del Hijo de Dios*. Esto es lo que expresa el dogma del Concilio de Calcedonia. En Cristo hay una sola persona divina, la del Verbo, en dos naturalezas distintas, la divina y la humana. Por lo tanto no hay fusión de las naturalezas. Esta primera aclaración es importante porque algunos errores en el ámbito cristiano consistieron en afirmar una fusión y por lo mismo la existencia de una sola naturaleza en Cristo, quedándose sólo con la humana o la divina.

Como pudimos ver en los *textos bíblicos*, aparecen claramente acciones que manifiestan la existencia de ambas naturalezas.

a) *El aspecto humano de Jesús* se manifiesta desde el hecho mismo de su concepción natural, narrada al inicio de los Evangelios; también en aquellos pasajes en los cuales Jesús se manifiesta muy humano porque se siente cansado del viaje y con sed (Jn. 4, 6); o cuando se duerme y al despertar ordena a los vientos calmarse para evitar el naufragio de la barca (Mt. 8, 24); cuando es tentado por el demonio en el desierto (Mt. 4, 1); como cualquier hombre siente temor y angustia, etc.

b) *Por otra parte hay textos que hablan de su divinidad*, como cuando es

llamado Hijo del Altísimo (Lc. 1, 30); también cuando es adorado como Dios siendo niño en el pesebre (Mt. 2, 11); cuando se trasfigura y se muestra resplandeciente en el cielo (Mt. 17, 2); perdona los pecados y para mostrar su divino poder realiza el milagro de hacer caminar a un parálítico (Lc. 5, 20); cuando Él resucita al tercer día y cuando asciende a los cielos (Lc. 24, 5. 25) ⁵ .

En estas acciones se manifiestan las dos naturalezas, ya que la naturaleza, como dijimos, es el principio de operaciones de un ser. Jesús no podría haber hecho estas acciones si no fuera verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, que es lo que aparece claramente en un mismo texto, así por ejemplo en el prólogo del Evangelio de San Juan: “*Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios . . . Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*” (1, 1. 14); Él mismo afirma que con el Padre es “*una sola cosa*”, es decir un solo ser (Jn. 10, 30); y por eso Él dice que el que lo ha visto, ha visto también al Padre (Jn. 14, 9).

La unión, por lo tanto, de las dos naturalezas en Cristo se realizó en la persona divina del Verbo; luego, en Cristo, no hay más que una sola persona, no humana sino divina.

La persona se define así: sustancia individual de naturaleza racional.

BOECIO, *Dedubus naturis et unapersona Christi*.c.3:PL.64,1345.

El ser personal es una **sustancia** porque existe por sí mismo, a diferencia de los accidentes que necesitan existir en otros, como por ejemplo el color, el tamaño, la figura, etc., que siempre existen en una sustancia, a la cual modifican.

El ser personal es también un ser **individual**, es decir, distinto de los demás e indistinto de sí mismo. La persona es siempre única en el mundo, completa en sí misma e incomunicable a los demás.

Finalmente la persona es también de **naturaleza racional** puesto que, dotado de alma, el hombre puede conocer y amar, obrar por sí mismo, es decir con libertad, con conciencia del fin de sus acciones y por lo tanto con responsabilidad ética de sus actos.

Por todo esto, podemos decir que la persona es el modo más perfecto de ser de una sustancia, por la autonomía metafísica que tiene. Esto significa que la persona no puede dejar de ser quien es, fundirse en otro ser, perdiendo su ser, y que tampoco puede ser utilizada con otro fin que no sea ella misma. La persona, entonces, tiene este doble aspecto; su ser individual no depende de otro, pero por otra parte, su realización requiere la apertura a los demás seres.

Siendo imposible la fusión de la naturaleza divina con la humana, el único modo posible para que dicha unión se dé, es que la persona divina, que sigue siendo formalmente la misma, asuma una nueva naturaleza en su ser personal. La unión se realiza entonces en la persona del Hijo de Dios que es el sujeto de atribución de todas las acciones, esto es, que las acciones de Cristo se atribuyen a la única persona divina, sean que procedan de la naturaleza humana o divina; en otras palabras, el yo de Jesús es divino y es el mismo y único yo que tiene hambre, sed, que hace milagros y que resucita.

Sólo así es posible que Jesús sea el Salvador de todos los hombres, ya que es necesario que sea hombre para que por medio de Él, la salvación llegue a todos los hombres; y también es necesario que sea Dios, para que el poder de salvar sea realmente universal. La salvación requiere un contacto, un puente entre ambas naturalezas, y éstas se unieron en Cristo en la persona del Verbo. Esta unión que se da en la persona es la que en teología se llama *unión hipostática*, porque hipóstasis en griego significa persona. *La persona, entonces, de Cristo es compuesta, ya que subsisten en ella dos naturalezas distintas*. La humanidad en Cristo se une sustancialmente, no accidentalmente; esto significa que el Verbo no se reviste de humanidad como una apariencia externa como si fuera un Dios vestido de hombre, sino que se hizo verdaderamente hombre y por lo tanto su humanidad es completa, consta de alma y cuerpo como en nosotros; sino, no sería verdadero hombre y no sería un Salvador para los hombres.-

Esta unión hipostática entre lo divino y lo humano es la forma más elevada de unión posible del orden natural con el sobrenatural puesto que no se trata ya de una participación de la vida divina como ocurre con la gracia, sino que la naturaleza humana de Cristo se une sustancialmente a la persona del Verbo, siendo asumida por ella. La gracia es siempre un accidente, es decir, algo agregado a la sustancia humana; por eso no convierte al hombre en Dios, sólo pone la presencia de Dios en el alma y le da capacidad para realizar actos sobrenaturales. En la unión hipostática las dos naturalezas se unen en el ser mismo del Hijo de Dios. Para decirlo en otros términos, cuando Jesús se llama a sí mismo Hijo de Dios, *no quiere decir* que sea un hombre especialmente bendecido por Dios como un profeta importante, sino que Él es Dios, que tiene la misma sustancia divina del Padre y del Espíritu Santo.

Jesús es santo, porque tiene el ser de Dios, y este ser eleva aquella humanidad que Él asume al estado más perfecto porque la hace existir en el ser divino. Cristo es perfecto hombre porque realiza la humanidad de la manera más elevada y tiene Él, además, la plenitud de las gracias por ser a la vez Dios. La persona que asume la naturaleza es la persona del Verbo porque la unión se realiza en este individuo. En efecto, si bien en Dios todas las acciones que se realizan fuera del mismo intervienen las tres personas juntas, siempre se le atribuye a una persona una acción en particular, de acuerdo a la misión que tiene dentro de la Trinidad Divina. Así por ejemplo al Padre se le atribuye la Creación. En este caso la asunción de la naturaleza humana se realiza en la segunda persona de la Santísima Trinidad.

En Dios hay una sola esencia y tres personas.

Hay tres individuos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no se *distinguen* en nada, salvo en las relaciones entre ellos. No se distinguen porque comparten la misma esencia, los mismos atributos o perfecciones: los tres son Dios, los tres son eternos, los tres son perfectos, etc.. Sin embargo, sí se distinguen por la posición que ocupan uno de otro, esto es, porque sólo al Padre le compete ser principio y origen, sólo al Hijo, engendrado por el Padre y sólo al Espíritu Santo, ser fruto del amor mutuo entre el Padre y el Hijo.

El Hijo es la imagen perfecta del Padre y es engendrado por un acto de conocimiento por el cual Dios se piensa a sí mismo. El Hijo es, entonces, la idea perfecta que el Padre tiene de sí mismo, y como la Encarnación tiene por objetivo la manifestación de Dios haciendo visible al Dios invisible, era

conveniente que se encarnara el Hijo. El Hijo natural de Dios, además, vino a salvar a los hijos adoptivos mostrándoles la verdadera sabiduría divina.

Ahora bien, nosotros deberíamos preguntarnos también, por qué Dios asume la naturaleza humana y no otra. La respuesta tiene dos razones principales:

1. por su dignidad, porque se trata de una naturaleza racional que puede conocer y amar a imagen de Dios;
2. porque los hombres son los que habían caído en el pecado de soberbia de querer ser como Dios y se habían alejado y necesitaban ser redimidos.

Hay que aclarar aquí que el Verbo de Dios asume una naturaleza humana y no una persona humana porque a esa naturaleza humana le faltaba, para ser persona, la subsistencia (la existencia en sí) que es la que tiene el Verbo. Como dijimos antes no puede haber fusión entre las naturalezas, ni dos personas.

La naturaleza humana que asume el Verbo carece de personalidad humana; ésta es sustituida por la personalidad divina del Verbo.

De esta manera el Salvador realiza la redención de los hombres en la misma naturaleza que se había alejado de Él por el pecado, reafirma la dignidad del hombre a pesar de la debilidad de éste y la usa como instrumento para su victoria, con lo cual le da una dignidad aún mayor.

Que Cristo haya asumido la naturaleza humana implica la asunción de un cuerpo humano individual, real, verdadero. No se trata de una apariencia humana, o de un fantasma sino de un hombre y es lo que transmiten todos los Evangelios y los testigos allí presentes. Asume naturalmente, también, un ***alma racional verdadera***, porque sino no sería verdadero hombre. Por lo tanto, ***tiene inteligencia y voluntad.***

En Cristo hay un *conocimiento* que tiene origen directamente en la *naturaleza divina y otro que corresponde a la naturaleza humana* y a su desarrollo lógico normal. Ambos se complementan en la única psicología humana de Jesucristo, así como en nosotros se complementan el conocimiento intelectual y el conocimiento sensitivo.

En efecto, hay un *conocimiento humano* que es como el nuestro que es progresivo y se perfecciona con el tiempo a medida que la persona madura. Esto, naturalmente, le sucede a Jesús.

Sin embargo hay también un *conocimiento divino* que tiene que ver con su preexistencia en Dios desde toda la eternidad. En Dios hay una inteligencia que es infinita porque Él tiene el máximo grado de inmaterialidad al ser espíritu puro sin mezcla de materia ni de potencialidad alguna. Esta inteligencia infinita se conoce en primer lugar a sí mismo de manera perfecta porque en Él se identifica el ser y pensar. Además, Dios conoce todas las cosas distintas de sí mismo porque proceden de Él, que es su creador, y porque todas ellas preexisten en su inteligencia, porque antes de ser creadas fueron pensadas. Este conocimiento de las cosas es también perfecto y por lo tanto no discursivo sino *intuitivo*, es causa de las cosas, es anterior a ellas. *El conocimiento que Dios tiene abarca todas las cosas*, las que han existido, las que existen y las que existirán. No hay nada de lo que exista que escape a su conocimiento ni siquiera el mal y por lo tanto este conocimiento es invariable.

En Jesús se da este conocimiento porque Él no deja de ser Dios por haber asumido la naturaleza. Él mismo dice: “Yo hablo de lo que he visto en el Padre”. Y también dice. “El que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído”. Por eso podemos decir que la inteligencia humana de Cristo tiene este conocimiento de Dios y de todas las cosas que es de origen divino, no humano, un conocimiento perfecto. Lo que resulta difícil de explicar es cómo se da en una psicología humana este conocimiento y éste es el límite de la comprensión teológica de un misterio que nos desborda ya que siendo el yo divino, su conocimiento tiene que ser necesariamente perfecto.

Por otra parte, también se puede decir que existe en Él un conocimiento humano no adquirido porque tenía una experiencia real de las cosas y las personas; de hecho, en las Escrituras existen manifestaciones. Así, por ejemplo, hace preguntas: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”; “¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?”; “¿Cuántos panes tiene?”. También a veces muestra admiración por descubrir cosas que no conocía, como la grandeza de la fe de una mujer, por ejemplo (Mt. 15, 28), o la admiración que le causa la incredulidad de algunos. Pero el texto más evidente es el que hace directa relación a este progreso del conocimiento humano en Cristo: “Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres”.

La inteligencia humana de Cristo es perfectible como la nuestra, por ello crece y progresa con el tiempo y tiene en cada edad la que corresponde a su desarrollo. Su humanidad no fue absolutamente omnipotente porque la omnipotencia es un atributo propio de la divinidad que no puede comunicarse a una criatura finita. Sin embargo, hay en ella una nota peculiar de perfección puesto que hay en ella un orden perfecto por el cual las potencias inferiores eran dirigidas por la inteligencia y la voluntad que estaban ordenadas a Dios. En efecto ***no puede haber pecado o desorden en Jesús*** porque el sujeto que realiza las acciones es siempre el yo divino del Verbo y es imposible que Dios actúe de manera imperfecta o en contra de sí misma.

La humanidad de Cristo, al estar unida a la divinidad, sirve de instrumento por medio del cual Dios realiza las acciones salvíficas. El instrumento es aquello a través de lo cual un agente produce un efecto (la lapicera es instrumento en la escritura). La causa principal es el agente que dirige la acción mientras que el instrumento ejecuta la producción del efecto. De esta manera es como la humanidad de Cristo sirve de instrumento a la divinidad puesto que en ella Dios realiza los actos que servirán para la salvación del hombre.

Esta humanidad de Cristo sigue siendo en el cielo causa instrumental de las gracias por las cuales Cristo acerca a los hombres hacia Él. En efecto, Cristo, cuando asciende a los cielos, asciende también con su cuerpo, es decir, sigue siendo hombre para siempre y por eso podemos decir que lo que hizo como hombre en la tierra lo sigue haciendo como Dios sentado a la derecha del Padre para toda la eternidad.

Respecto de la humanidad de Cristo durante su vida en la tierra hay que decir que así como dijimos ya que el conocimiento humano de Cristo era perfectible, lo mismo sucede con su cuerpo, puesto que si bien podemos hablar de una perfecta armonía espiritual y ésta, seguramente redundará en el cuerpo, ***en Cristo se dan todas las necesidades propias del cuerpo***, por eso, como antes vimos, su comportamiento es naturalmente humano, tiene hambre, sed, se cansa, etc..

Que sea el Hijo de Dios no priva de tener que ofrecer un ejemplo de paciencia para estas cosas que son propias de la vida de todo hombre. Lo que no hay en Cristo son los defectos que tienen que ver con una imperfección espiritual, como la ignorancia, la inclinación al mal, la dificultad para hacer el bien.

Y estos defectos ni el pecado se dieron en Jesús porque era el Hijo de Dios, de Él se dice *“Apareció para destruir el pecado y en Él no hay pecado”*. También San Pedro dice *“En Él no hubo pecado y en su boca no se halló engaño”*

En efecto, *el pecado es incompatible con el ser y la misión de Cristo porque la encarnación se dio para destruir el pecado*; porque la santidad perfecta de Cristo es incompatible con el pecado; y finalmente porque fue el ejemplo de todas las virtudes. Sin embargo, paradójicamente, resulta ser Él la víctima por los pecados de los hombres. Como dice San Pablo: “*A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros*”. Esta perfección de Cristo excluye toda inclinación al pecado o al desorden espiritual. Su humanidad apetecía naturalmente las cosas buenas y deleitables, pero no de una manera desordenada, es decir, no la búsqueda del placer como un fin.

Por ser verdadero hombre tenía Él pasiones, sin embargo, ellas no representaban una imperfección moral, *estaban siempre ordenadas por la razón y dirigidas al bien*. En efecto, esos movimientos del apetito sensible que surgen a partir de la percepción del bien o del mal sensible, también forman parte de lo que implica ser verdaderamente hombre para Él.

Así es como en los Evangelios Jesús aparece demostrando amor particular por algunos de sus amigos (Mc. 10, 21); se conmueve notablemente por la muerte de su amigo Lázaro causando admiración en los presentes (Jn. 11, 35-36); siente rechazo por Satanás y en varias ocasiones le ordena retirarse (Mt. 4, 10); el gozo en alguna ocasión lo desborda al punto de concluir en una alabanza al Padre (Lc. 10, 21); siente ira cuando echa a los mercaderes del Templo, o cuando quieren impedirle hacer una sanación el sábado; y por último siente tristeza y angustia cuando se acerca el momento de su muerte (Mt. 26, 37).

De todo esto podemos concluir que *Cristo padeció mucho dolor durante su vida*, un dolor real. Siente un dolor espiritual por el rechazo o la indiferencia de los hombres, pero siente además un dolor físico por todo lo que sufre desde el juicio hasta la muerte en cruz. No hay en Él sentimientos de venganza hacia aquellos injustos agresores, por el contrario, muestra la grandeza de su amor implorando al Padre que los perdone porque no saben lo que hacen.

Para concluir con nuestro intento de comprensión de lo que fue la humanidad de Cristo durante su vida terrenal tenemos que agregar que *hubo en Cristo dos voluntades, una divina y otra humana*. Así es, puesto que la voluntad forma parte de una naturaleza racional, y habiendo dos naturalezas íntegras y perfectas en Cristo, no podría no haber sino dos voluntades. Esto no significa que exista contra- posición entre las mismas o una división interna como sucedería en el caso de una doble personalidad. Significa, más bien, que Cristo en cuanto a hombre, quería algunas cosas y rechazaba otras de una manera ordenada, como por ejemplo sentía rechazo por el dolor aunque termina aceptando que la voluntad de su Padre es que termine muriendo en la cruz: “*Padre, si quieres aparta de mi este cáliz; pero que no se haga mi voluntad sino la tuya*”

En varias ocasiones reitera Él que *no busca hacer su voluntad, sino que la voluntad de quien lo envió* (Jn.5, 30), que para eso ha bajado del cielo, para hacer la voluntad del Padre (Jn. 6, 38) En todos estos casos se muestra como *la voluntad humana se dirige a aquello que la voluntad divina le señala*. Esto no significa de ninguna manera que Jesús no haya sido un hombre libre puesto que la libertad es un medio para alcanzar un bien, y sólo se realiza cuando lo logra. Una elección equivocada es una frustración de la libertad. Que la voluntad humana en Cristo esté siempre orientada hacia el bien no significa que no sea libre, sino, por el contrario, lo es de manera perfecta, es decir, que elige siempre el bien. Tiene un dominio perfecto de sí mismo y por eso es un ejemplo par los hombres y lo expresa de manera sublime cuando hace entrega de todo su ser: *“Nadie me la quita (la vida), soy yo quien la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para poder a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido”*.

Estas dos voluntades en Cristo de ninguna manera significan una división en su yo en el cual se une la conciencia divina y la conciencia humana. Él sabe que es hombre y que es Dios y que es uno mismo.

Como consecuencia de la encarnación hay que decir que *Cristo en cuanto hombre, estuvo realmente sometido al Padre*, puesto que sabía que de Él tiene su origen y que a Él debe obedecer. Por esto Cristo ora en cuanto hombre como aparece a menudo en los Evangelios, siente Él necesidad de hablar con su Padre: *“A la mañana, mucho antes de amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”* Era normal que en cuanto hombre expresara a Dios Padre sus deseos, su voluntad, etc.. También Él debía orar en cuanto hombre por sí mismo y por todos los hombres elevando peticiones por ellos.

Por último, Jesucristo es verdadero y sumo eterno sacerdote como enseña la Escritura, puesto que, como sacerdote cumplió la misión de ofrecer sacrificios a Dios en alabanza de su infinita majestad y para obtener el perdón de los pecados del pueblo. *El sacerdote es mediador entre Dios y el pueblo* porque por una parte transmite al pueblo las cosas divinas, y por otra, ofrece a Dios las oraciones y sacrificios en nombre del pueblo. Como dice el autor de la carta a los hebreos: *“Teniendo, pues, un gran pontífice que penetró en los cielos, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la confesión. No es nuestro pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, menos en el pecado”*

Es sacerdote por ser hombre y Dios ya que al unirse la naturaleza divina con la humana, aquélla consagra a ésta; esto es, la llena de gracias de una forma más plena y perfecta.

Todo sacerdote es destinado a la misión de ser puente entre Dios y los hombres por una consagración y en este caso esto se produce en el instante mismo de la unión en la concepción. El sacerdocio en este caso *es Sumo y eterno* porque la persona que Él ejerce es la persona del Hijo de Dios. Por lo tanto no se trata de una gracia recibida sino del ser divino que posee. En este caso Él no tiene necesidad de ofrecer un sacrificio por sí mismo puesto que es Dios y además no hay en Él pecado; Él lo hace por todos los hombres, y en nombre de ellos. Además en este caso, el sacrificio que Él ofrece es Él mismo, su vida, por la salvación de los hombres, de manera tal que en Él se identifican el sacerdocio y la víctima del sacrificio que Él ofrece.

Por todo cuanto llevamos dicho podemos concluir que *Cristo es el único y verdadero mediador entre Dios y los hombres*. Por la obra de la salvación que realizó durante su vida terrestre, desde la encarnación hasta su ascensión a los cielos, sobre todo con su pasión y muerte en la cruz.

En conclusión

La mediación de Cristo la realiza primero en su ser en cuanto en Él se unen la naturaleza divina y humana pero también con sus obras, puesto que fueron aquellos hechos de la vida de Cristo con los cuales Él efectivizó su misión de Salvador: “Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos.
